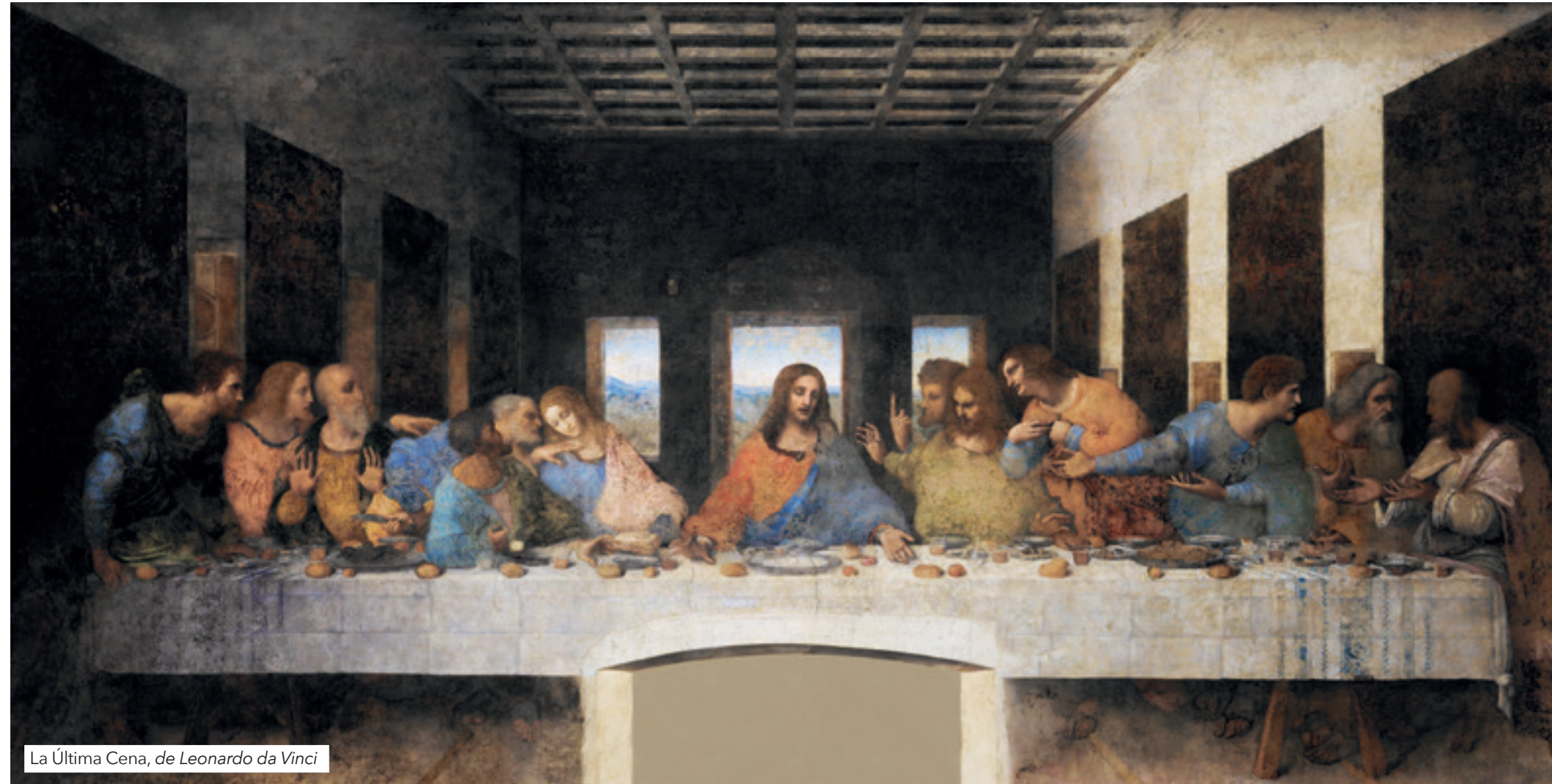


La figura histórica de Judas Iscariote

De toda la información sobre Judas Iscariote que nos proporcionan los escritos neotestamentarios y las tradiciones antiguas, el análisis crítico solo reconoce como probablemente históricos unos pocos datos: que Judas fue un discípulo cercano a Jesús, seguramente del grupo de los Doce, y que participó activamente en el arresto de su Maestro.



La Última Cena, de Leonardo da Vinci



Esther Miquel Pericás

Universidad
Complutense
de Madrid

FUENTES ANTIGUAS SOBRE JUDAS ISCARIOTE

Toda la información relativa a la figura de Judas Iscariote que nos ha llegado tiene su origen en las tradiciones antiguas sobre Jesús. Aunque probablemente algunas de esas tradiciones fueron

transmitidas en sus inicios de forma oral, las huellas más antiguas de las mismas, detectables mediante el análisis histórico-crítico, están en los evangelios canónicos. En ellos, Judas, apodado Iscariote, aparece unánimemente caracterizado como el miembro del grupo de los Doce que entregó a Jesús (Mc 3,19;10,1.43-44; Mt 10,4b; 22,14.25.47; 27,3; Lc 6,16b; 22,3.47 y Jn 6,71).

Este modo de caracterizarlo, que de ahora en adelante denominaré "fórmula de identificación de Judas", es, seguramente, uno

de los elementos más antiguos de la tradición relativa a este personaje. Su forma, escueta y semánticamente autónoma, sugiere que podría haber tenido una existencia oral independiente, aunque también es posible que tenga su origen en un hipotético relato primitivo de la pasión del que Marcos y Juan se habrían servido para escribir los suyos.

En este punto es importante constatar que todos los escritos antiguos posteriores en los que se menciona a Judas presuponen o apelan a esta caracterización,

incluso aquellos que ofrecen una imagen positiva de este discípulo y fueron rechazados por la Iglesia primitiva como heréticos. Así, por ejemplo, el texto que ha llegado a nosotros del *Evangelio de Judas* y que parece estar en la línea de una herejía ya denunciada por Ireneo, presenta a Judas como el único de entre los Doce capaz de entender a Jesús, y concluye con una escena en la que, tras recibir dinero de los sumos sacerdotes, les entrega a su Maestro.

Además de esa fórmula, los evangelios canónicos ofrecen infor-

mación adicional sobre Judas en forma narrativa, casi toda ella acumulada en sus respectivos relatos de la pasión. Aquello en lo que coinciden los cuatro y que, por tanto, tiene más posibilidad de ser histórico se refiere al prendimiento de Jesús por parte de hombres armados, total o parcialmente, al servicio de los sumos sacerdotes y guiados por Judas. También coinciden en que Jesús estaba acompañado de otros discípulos en algún lugar abierto del entorno de Jerusalén (Mc 14,26.32; Mt 26,30.36; Lc 22,39; Jn 18,1).

Según también los cuatro evangelistas, en la cena de despedida, Jesús predice que va a ser entregado por uno de los que en ese momento están con él, pero solo lo identifica explícitamente con Judas en los evangelios de Mateo y de Juan.

A esta información común, Marcos añade un encuentro previo entre Judas y los sumos sacerdotes (Mc 14,10-11), que Mateo y Lucas incorporan y desarrollan añadiendo elementos propios. Mateo, por su parte, añade un relato sobre la muerte de este

discípulo (Mt 27,3-10) que, curiosamente, difiere mucho de la versión incluida en el libro de Hechos de los Apóstoles (Hch 1,16-20). Y Juan, que no había narrado la elección de los Doce, introduce al personaje en dos momentos anteriores al relato de la pasión: en un anuncio de Jesús sobre su entrega (Jn 6,71) y en la elaboración joánica de la escena de la unción en Betania (Jn 12,1-8), donde Judas es el único personaje que critica a la mujer por la importante suma de dinero gastada en el perfume.

CRITERIOS DE HISTORICIDAD

Evidentemente, a la hora de valorar qué datos o aspectos de la figura de Judas tienen más probabilidad de ser históricos daremos

prioridad a aquellos que proceden de las fuentes más antiguas y respecto a los que no hay divergencias importantes entre las distintas fuentes que los consignan. En este sentido, está claro que la fórmula de identificación de Judas contiene la información más probablemente histórica de entre toda la que disponemos, y los datos sobre el prendimiento de Jesús comunes a los cuatro evangelios canónicos estarían en segundo lugar.

La historicidad de los datos que solo aparecen en una fuente o que están en tensión con los de otras fuentes tan antiguas como ella o más es, evidentemente, muy dudosa. En algunos de estos casos, además, es posible identificar intereses ideológicos o apologeticos

alineados con el dato y que, por tanto, podrían explicar su invención por parte de determinados grupos de seguidores pospascuales de Jesús o de comunidades de creyentes en Cristo.

Significativamente, el criterio de historicidad más útil y seguro para el caso que nos ocupa es el llamado "criterio de incomodidad". Este criterio afirma que, si un grupo humano transmite como cierto un dato sobre su pasado que le incomoda, avergüenza o perjudica, es porque forma parte de una tradición consagrada como cierta o es tan bien conocido por su entorno social que no puede desmentirlo ni silenciarlo. En estas últimas circunstancias, es frecuente que la transmisión adopte rasgos apologeticos.

La acción con la que se describe la intervención del personaje en los acontecimientos que desembocaron en la ejecución de Jesús está expresada con el verbo "entregar" (*paradídōmi*)



Fragmento de un manuscrito de alfabeto arameo. Libro del siglo XI

EL DISCÍPULO CERCAÑO QUE ENTREGÓ A SU MAESTRO

Según todos los escritos neotestamentarios que se refieren a él, el grupo de los Doce fue un grupo de discípulos de Jesús especialmente cercano a su Maestro. Los evangelios sinópticos añaden que Jesús los eligió personalmente para que colaboraran con él en el anuncio de la venida del reinado de Dios y que lo acompañaron en su último viaje a Jerusalén. Hemos de suponer, pues, que los miembros de este grupo fueron considerados por todos como el círculo de discípulos más íntimos de Jesús.

Como veremos, es precisamente la cercanía de su relación con Jesús, presupuesta por la pertenencia a dicho grupo, lo que convierte la acción de Judas indicada en la fórmula de su identificación en un dato particularmente incómodo

para los seguidores de Jesús que intentaron dar continuidad a su movimiento, para los cuatro evangelistas y para toda la tradición cristiana posterior. Esta incomodidad para las personas y los grupos que lo transmitieron es lo que mejor garantiza su historicidad.

En la fórmula de identificación de Judas, la acción con la que se describe la intervención del personaje en los acontecimientos que desembocaron en la ejecución de Jesús está expresada con el verbo "entregar", *paradídōmi* en griego (Mc 14,10; Mt 26,14-15; Lc 22,4). Aunque los comentaristas de todos los tiempos hablan con frecuencia de este acto como una traición, el significado del verbo griego *paradídōmi* no es exactamente el de traicionar, sino el de "dejar a alguien o algo en manos de", "abandonar a alguien o algo a la suerte de los acontecimientos

o a la decisión de otro". Se usa, de forma más específica, para expresar la entrega de una persona para ser llevada ante un juez u otra persona con poder para decidir sobre su suerte. Con este sentido lo encontramos, por ejemplo, en el dicho de Mt 5,25: "Apresúrate a ponerte de acuerdo con tu adversario mientras vas con él de camino, no sea que tu adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas arrojado a la cárcel".

Análogamente, podemos concluir que la acción atribuida a Judas consistió en poner a Jesús en manos de las autoridades, que, a su vez, decidieron sobre su suerte. Dicho en otras palabras, y en sintonía con los relatos canónicos de la pasión, lo que hizo Judas fue facilitar o propiciar el arresto de Jesús.

Para los seguidores históricos de Jesús, la implicación de uno de los discípulos más cercanos al Maestro en su arresto habría sido, sin duda, causa de gran consternación, desasosiego y vergüenza. ¿Cómo era posible que no se hubieran percatado de las intenciones de un compañero con quien convivían a diario? ¿Qué podía haber motivado en Judas esta acción contra quien parecía haber considerado hasta el momento como su líder y maestro? ¿Había sido deficiente su integración humana en el grupo? ¿Habría otros potenciales desertores camuflados entre los discípulos?

La acción de Judas salpicaría inevitablemente a todos los que acompañaron a Jesús a Jerusalén pero no fueron apresados con él. De alguna manera, también ellos quedarían bajo la sospecha de haber colaborado en el arresto o no haber intentado evitarlo de forma suficientemente contundente.

¿Qué pensarían de ellos los seguidores y simpatizantes de Jesús que se habían quedado esperando su regreso en Galilea? ¿Cuál no sería su desilusión y suspicacia hacia lo que pudiera quedar del movimiento, ahora descabezado?

La incomodidad, vergüenza y conflicto que generarían todas estas cuestiones nos permite pensar que el dato escueto sobre la participación de un discípulo íntimo

en el prendimiento de Jesús no pudo ser inventado por quienes habían sido en vida sus seguidores. Los que no estuvieron con él en Jerusalén habrían carecido de autoridad para imponer una versión de los hechos diferente de la de los que fueron testigos de su arresto. Pero los que fueron testigos del mismo no habrían tenido ningún interés en difundir una

falsa noticia que les hacía a ellos mismos sospechosos.

En conclusión, si ese dato se remontara a los primeros años de existencia de la Iglesia pospascual, su autenticidad estaría garantizada por el criterio de incomodidad, uno de criterios de historicidad más exigentes.

Ahora bien, ¿es posible que las comunidades pospascuales de la segunda generación que trans-

La intervención voluntaria de Judas en acontecimientos que supuestamente se desarrollaban según la voluntad de Dios y bajo el control cognitivo del propio Jesús tuvo que ser necesariamente incómodo para los cristianos

mitieron las tradiciones pre-evangélicas de la pasión comunes a Jn y a los sinópticos tuvieron interés en inventarlo?

Aunque sabemos muy poco de dichas comunidades, esas tradiciones preevangélicas parecen ya iniciar la tendencia, que no hará sino desarrollarse en los propios evangelios, de interpretar el acontecimiento de la cruz como el cumplimiento de un plan divino plenamente conocido y asumido por el propio Jesús.

En el contexto de estas creencias y tendencias teológicas, el dato de la intervención voluntaria de Judas en acontecimientos que supuestamente se desarrollaban según la voluntad de Dios y bajo el control cognitivo del propio Jesús tuvo que ser necesariamente incómodo. En efecto, si todo estaba previsto, también la acción de Judas, entonces parece que Dios y el propio Jesús jugaron de alguna forma con su libertad y su destino, abocándole a cometer un pecado que arriesgaba la salvación de su persona. Pero entonces, ¿dónde quedaría la misericordia divina y la compasión de Jesús por los débiles y pecadores? ¿Qué sentido tendría cumplir un plan divino destinado a salvar a los seguidores de Jesús a costa de perder intencionadamente a uno de ellos? ¿Acaso no queda cuestionada la justicia y la bondad

de Jesús por su decisión de elegir o admitir como discípulo cercano a la persona que él sabía que estaba destinada a entregarlo?

Significativamente, los desarrollos de las dos grandes corrientes de tradiciones antiguas sobre Judas parecen confirmar que los grupos donde surgieron fueron conscientes de este tipo de cuestiones incómodas. De hecho, las direcciones de estos desarrollos parecen orientadas a proponer soluciones alternativas a las mismas.

Así, el desarrollo que parte de los evangelios canónicos y desemboca en el pensamiento de la Gran Iglesia subraya de forma creciente el carácter original e intrínsecamente malvado de Judas, de modo que la actitud de Jesús hacia él pueda entenderse como la de quien sabe de antemano que nada es posible hacer para cambiarlo. Es más, en estas tradiciones, la maldad esencial de Judas justifica que Dios le haya elegido para llevar a cabo la terrible pero necesaria acción que propiciará la muerte de Jesús y, con ella, la salvación de los creyentes.

Entre los defectos morales atribuidos a Judas en este afán por envilecer su carácter destaca la avaricia. El evangelio de Marcos, que es el relato más antiguo en el que se elabora el comportamiento

de este discípulo, nada nos desvela sobre la motivación que pudo tener para entregar a Jesús. Únicamente señala que, cuando Judas va al encuentro de los sumos sacerdotes para ofrecerles su colaboración, estos prometen darle dinero (Mc 14,10-11). Mateo, sin embargo, invierte los términos en los que se expresa este encuentro en su fuente marcana y atribuye a Judas la iniciativa de solicitar dinero a cambio de la entrega de su Maestro (Mt 26,14-15). Juan, que escribe probablemente una década más tarde y es el evangelista que más subraya la omnisciencia de Jesús, califica a Judas de ladrón y le hace culpable de robar de la bolsa común del grupo (Jn 12,6). Esta tendencia de la historia de la tradición a acrecentar el supuesto amor de Judas por el dinero sugiere con fuerza que la motivación de la ganancia económica en sus actos le ha sido atribuida por razones ideológicas y carece de fundamento histórico.

El desarrollo de la otra importante tradición sobre Judas que Ireneo ya rechazó en su tiempo y que parece haber inspirado al recientemente descubierto *Evangelio de Judas*, presenta a este discípulo como el amigo más cercano y leal de Jesús. Su amistad privilegiada con Jesús habría sido, precisamente, la razón por la que este le eligió para hacerle participe del plan divino de salvación y encomendarle la difícil, pero necesaria tarea, de desencadenar su cumplimiento entregándole a sus enemigos. Así pues, Jesús no habría abandonado al amigo a su culpa, pues Judas no incurrió en culpa alguna. Por el contrario, habría amado tanto la voluntad de Dios asumida por Jesús que habría sido capaz de



El prendimiento de Cristo, de Fra Angelico

aceptar el horror de su acto y el rechazo de sus compañeros.

La improbabilidad psicológica e histórica de estas dos elaboraciones contrapuestas de la figura de Judas delata la preocupación de sus autores por hacer compatible la omnisciencia y la justicia de

Jesús con el dato sobre la participación de un discípulo cercano en su arresto. Esta preocupación, a su vez, indica que, a pesar de su incomodidad, la segunda generación de creyentes en Cristo había recibido dicho dato como una tradición históricamente verdadera sobre Jesús

que no era lícito olvidar ni silenciar.

En conclusión: el hecho de que el dato sobre la entrega de Jesús por parte de un discípulo cercano sea incómodo para las dos primeras generaciones de sus transmisores indica que tiene muchas probabilidades de ser histórico.

Los Doce y el silencio de Pablo sobre Judas

Como ya he mencionado anteriormente, los Doce aparecen en la tradición sinóptica como un grupo de discípulos elegidos por el propio Jesús y especialmente cercanos a él. Aunque Pablo (1 Cor 15,3-8) y el libro de Hechos de los Apóstoles (Hch 1,13; 6,2) coinciden con esta identificación, ha habido autores que han dudado de la existencia prepasual de dicho grupo. Según estos autores, los Doce habrían sido constituidos como líderes de la Iglesia de Jerusalén después de la Pascua, pero la tradición posterior creada por esa Iglesia habría retrotraído su existencia a la vida de Jesús con el fin de consolidar su autoridad. En este punto es necesario preguntarse si la duda sobre la existencia prepasual de los Doce cuestiona también la existencia de Judas, al que la fórmula de identificación incluye en este grupo.

Afortunadamente, ninguna de las conclusiones del apartado anterior descansa sobre el supuesto de que Judas Iscariote formara parte del grupo de los

Doce. La aplicación del criterio de incomodidad, que nos ha llevado a afirmar la altísima probabilidad de que el personaje existiera, descansa únicamente sobre el presupuesto de su cercanía a Jesús.

Por tanto, incluso en el supuesto de que los Doce no hubieran tenido una existencia prepasual y de que, por tanto, la inclusión de Judas en el grupo fuera posterior a la tradición que retrotrajo la constitución del grupo a la vida de Jesús, la existencia histórica del Judas identificado como el discípulo cercano que entregó a su Maestro sigue siendo igual de probable. En este supuesto, podemos imaginar que quienes ya habían recibido como cierta la tradición según la cual los Doce fueron el grupo de discípulos más allegados a Jesús expresaran el dato sobre la cercanía del discípulo que lo entregó, haciéndole formar parte de este grupo.

No obstante, seguramente es innecesario ponernos en este supuesto. Cada vez son más numerosos los exégetas que consideran históricamente plausible

que Jesús eligiera a doce de sus seguidores más cercanos para constituir con ellos un grupo que representara, en el interior de su movimiento, los líderes o los jueces de las doce tribus de Israel. Incluso algunos autores, como John P. Meier, argumentan en favor de esta tesis apelando a la existencia histórica de Judas Iscariote, identificado como el discípulo que entregó a Jesús, es muy probable, y si la tradición más antigua sobre Judas lo asocia al grupo de los Doce, entonces la existencia prepasual de los Doce es igualmente probable.

Antes de concluir este apartado es preciso considerar dos datos que aparentemente podrían cuestionar todas las conclusiones anteriores.

Se trata de dos textos muy antiguos, el ya mencionado 1 Cor 15,3-8 y un fragmento del *Evangelio de Pedro*. El problema que plantean en relación con el personaje de Judas es que ambos se refieren a los Doce situándolos en un contexto posterior a la crucifixión, como si, a diferencia



Representación de los cuatro evangelistas con su correspondiente simbología: Mateo, hombre-ángel; Marcos, león alado; Lucas, toro alado; y Juan, águila.

de lo que ocurre en los evangelios canónicos, el número de los miembros del grupo no hubiera quedado reducido tras los acontecimientos de la pasión.

En 1 Cor 15,4, Pablo recuerda a los corintios que, al tercer día de su muerte, Cristo resucitó y se apareció a Pedro y luego a los Doce. Es notable que Pablo nunca menciona a Judas en sus cartas, y que este texto es el único en el que se refiere a los Doce.

Por su parte, en el fragmento del *Evangelio de Pedro* que ha llegado hasta nosotros tampoco se menciona a Judas, aunque esto

puede deberse a que el trozo de relato que contiene no incluye el prendimiento, sino que empieza con una escena posterior. Sí menciona, sin embargo, a los Doce, a quienes describe llorando y afligiéndose por la muerte del Maestro.

Ahora bien, si Judas propició el prendimiento de Jesús, no parece razonable pensar que se reuniera luego con los demás miembros del grupo de los Doce ni que estos lo admitieran. Pero, si no se reincorporó al grupo, ¿cómo es que estos dos textos siguen hablando de los Doce

y no de un grupo de solo once discípulos? Según algunos exégetas, estos silencios y vacíos indicarían que Judas no existió o que no perteneció al grupo de los Doce.

En el caso del texto paulino, es posible pensar que Pablo está incluyendo en el grupo de los Doce a Matías, el discípulo que, según el libro de los Hechos, fue elegido a suertes para suplir a Judas (Hch 1,15-26). Sin embargo, el testimonio del *Evangelio de Pedro* no admite esta explicación, ya que se refiere a los acontecimientos inmediatamente posteriores a la crucifixión.

A mi entender, la explicación más plausible a la cuestión planteada por los dos textos es que sus autores están pensando en el grupo de discípulos como una entidad colectiva denominada los "Doce" y, por tanto, aunque se refieren a una situación en la que no están todos sus miembros, siguen denominándola de esa manera. De hecho, existen otros casos en el mundo antiguo de esta forma de usar un numeral para referirse a un grupo institucionalizado y que mantiene su nombre en cualquier circunstancia, independientemente de que estén o no presentes todos sus componentes. Así, por ejemplo, el historiador Jenofonte se refiere a los "Treinta" como la entidad colectiva de los que establecieron la oligarquía en Atenas. Significativamente, después de haber narrado la ejecución de uno de sus miembros sigue refiriéndose a los que quedan como los "Treinta" (Jenofonte, *Helenica* II 3,56).



San Pablo, por El Greco

¿ES "ISCARIOTE" UN APODO INFORMATIVO?

Algunos autores han querido extraer del sobrenombre "Iscariote", con el que se completa la identificación del Judas que entregó a Jesús, información relevante acerca de su persona o historia. La mayoría de las propuestas que intentan atribuir un significado al término se basan en argumentos etimológicos altamente especulativos cuya validez es imposible de acreditar. El más plausible de todos ellos sugiere que "Iscariote" procede de la transliteración griega de una forma verbal aramea cuya raíz sería *sagar/sakar* y que la Biblia de los LXX –la versión de la Biblia en griego– traduce, precisamente, con el verbo *paradídōmi*, es decir, "entregar". El sobrenombre significaría literalmente "el que debía

entregarlo". Si esta interpretación es correcta, habría que concluir que el sobrenombre "Iscariote" fue añadido al de nuestro personaje después de su intervención en el arresto de Jesús, probablemente por la Iglesia primitiva.

"Iscariote" procede de la transliteración griega de una forma verbal aramea cuya raíz sería *sagar/sakar*, "entregar"

Otra posibilidad es que dicho sobrenombre apele al lugar geográfico de donde Judas sería originario. El libro de Josué (Jos 15,25) menciona una localidad de Judá llamada Kariot. No sabemos si dicha localidad seguía existiendo en tiempos de Jesús, pero, si así fuera, el término "Iscariote" podría ser un compuesto de la palabra hebrea *ish*, que significa "hombre", y Kariot. Significaría, por tanto, "hombre de Kariot". Si este fuera el caso, Judas podría haberse distinguido entre los discípulos de Jesús, mayoritariamente galileos, por ser originario de Judea. Dado que la situación e historia política de Judea era muy distinta de la de Galilea, algunos autores han utilizado este dato para sustentar la hipótesis de que Judas podría haber tenido una visión política de las cosas diferente de la mayoría en el movimiento de Jesús, lo cual nos ayudaría a explicar su desertión.

LA FORMA DEL ARRESTO DE JESÚS: SUS IMPLICACIONES POLÍTICAS

Los elementos comunes a los cuatro evangelios canónicos en el relato del arresto de Jesús no solo informan explícitamente sobre la forma en que Judas entregó a su Maestro, sino que también aportan información interesante sobre el tipo de movimiento político-religioso surgido en torno a Jesús.

Jesús es prendido por hombres armados, algunos de ellos, al menos, al servicio de los sumos sacerdotes, en un lugar abierto cercano a Jerusalén. La actuación de Judas consiste en guiar a esos hombres armados hasta el lugar donde se encontraba Jesús con algunos de sus discípulos.

Este escenario implica o presupone que quienes ordenaron detener a Jesús lo consideraban potencialmente peligroso y esperaban encontrar resistencia por parte del grupo que lo acompañaba. También sugiere que buscaron el lugar y el momento propicio para que toda la operación tuviera lugar sin que la gente que esos días llenaba Jerusalén se percatara. Evidentemente, y como deduce el propio Marcos, temían que un arresto en un lugar público provocara un tumulto (Mc 14,2).

Todo esto nos lleva a concluir que el movimiento de Jesús tuvo suficiente implicación política y suficiente apoyo popular como para ser considerado una amenaza real por parte de las autoridades de Jerusalén. Esta escueta conclusión es incompatible con la imagen ampliamente aceptada de un Jesús incomprendido y socialmente relegado, portador de un mensaje exclusivamente espiritual o ultramundano y seguido por apenas un puñado de admiradores.

CONCLUSIÓN

Los argumentos expuestos en este escrito permiten afirmar que la probabilidad de que la información contenida en la fórmula de identificación de Judas sea histórica es muy alta. En otras palabras, podemos decir que, con mucha probabilidad, el personaje identificado como Judas Iscariote fue un discípulo histórico de Jesús, que perteneció al grupo de los Doce y que entregó a su Maestro.

También podemos afirmar que la forma de esta entrega consistió, seguramente, en propiciar o facilitar el arresto de Jesús por parte de las autoridades de Jerusalén.

La plausibilidad histórica de estos datos aporta, a su vez, información relevante sobre la naturaleza del movimiento de Jesús, que se revela como un movimiento con un apoyo popular notable y con una actividad político-religiosa capaz de generar serias inquietudes entre las autoridades de Jerusalén.

El resto de los desarrollos de la figura de Judas que encontramos en el propio Nuevo Testamento y en escritos cristianos posteriores carece de suficiente acreditación histórica y es, en muchos casos, producto de intereses claramente apologéticos.



Suicidio de Judas. Imagen en vitral



BIBLIOGRAFÍA

- > H.-J. KLAUCK, "Judas, un disciple de Jésus. Exégèse et répercussions historiques", Cerf, París 2006.
- > J.P. MEIER, "Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico, vol.III. Compañeros y competidores", Verbo Divino, Estella 2001, pp. 145-215, 225-229.